

(p. 256), para un desarrollo dogmático que dirige el Espíritu en medio de la historia y que es de decisiva trascendencia ecuménica.

PEDRO RODRÍGUEZ

Giuseppe CAMADINI (dir.), «*Ecclesiam suam*», *première lettre encyclique de Paul VI. Colloque International (Rome 24-26 octobre 1980)*, Brescia, Edizioni Studium Vita Nova («Publicazioni dell'Istituto Paolo VI», 2), 1982, 284 pp., 18,5 x 27.

La Editorial Studium, creada en 1927, estuvo desde primera hora ligada a Giovanni Battista Montini, después Arzobispo de Milán y elegido Romano Pontífice en 1963. El programa y significado de esa editorial para los católicos italianos fue glosada por Montini en un discurso pronunciado en 1952, con ocasión de las bodas de plata de la editorial, titulado: *Programa ad azione dell'Editrice Studium*. Desde su fundación la Editrice Studium publicó una serie de monografías destinadas «manifiestamente a la formación ético-religioso-cultural de la conciencia católica», en aquellos años difíciles del totalitarismo fascista. Por otra parte, las relaciones más o menos explícitas de la Editrice Studium con la FUCI (Federación Universitaria Católica Italiana), de la cual era asistente eclesiástico nacional el futuro Cardenal Montini, parecen indiscutibles.

Ahora, y bajo los auspicios del «Istituto Paolo VI» de Brescia, la Editrice Studium ha comenzado la edición de una serie de monografías sobre temas montinianos, bajo el lema: «Pubblicazioni dell'Istituto Paolo VI». El primero de los títulos: *Paulus PP. VI (1963-1978). Elenchus bibliographicus*, apareció en 1981. En 1982 se publicó el volumen que seguidamente comentaré y que recoge las Actas del primer Coloquio Internacional que organizó el «Istituto Paolo VI». En el momento de redactar estas líneas, están en prensa las Actas del segundo Coloquio Internacional, que tuvo lugar en septiembre de 1983.

El Coloquio Internacional sobre la Encíclica *Ecclesiam suam*, celebrado en Roma, en octubre de 1980, bajo la presidencia del Cardenal Joseph Ratzinger y de Mgr. Paul Poupard, se estructuró en torno a tres ponencias fundamentales, ahora reproducidas en las Actas. Roger Aubert desarrolló el tema: *Attentes des Églises et du monde au moment de l'élection de Paul VI*. Yves Congar trató la cuestión: *Situation ecclésiologique au moment de «Ecclesiam suam» et passage à une Église dans l'itinéraire des hommes*. Finalmente, Giuseppe Colombo abordó: *Genesi, storia e significato dell'Enciclica «Ecclesiam suam»*. En las Actas pueden consultarse las discusiones en torno a cada una de las ponencias, el texto de tres comunicaciones especiales (del metropolitano Damaskinos, del anglicano Howard Root y del evangélico Christoph Meyer) y una serie de testimonios escritos, entre los cuales deben destacarse los de Oscar Cullmann, Jan Grootaers, Max Thurian y Silvio Tramontin.

El profesor Aubert traza una brillante descripción de la situación mundial a comienzos de los dorados sesenta (*the golden sixties*): las descoloni-

zaciones, la crisis cubana, el asesinato del presidente Kennedy, la escalada del marxismo acentuando las tensiones sociales, el descubrimiento —por parte de los teólogos católicos— del pluralismo cultural, etc. En aquel contexto surgió Juan XXIII, el Papa de la *Pacem in terris* y convocador del Concilio Vaticano II. Al socaire del Vaticano II vinieron una serie de reformas (de las relaciones Iglesia-Estado, de la ciencia teológica, del apostolado y de las misiones en los pueblos no-cristianos). Refiriéndonos sólo a algunos aspectos de las revoluciones citadas por Aubert, comenzaremos por la «revolución teológica».

La descripción del panorama teológico es nítida: Aubert la conoce bien y subraya, con acierto, los hitos más fundamentales: Chenu, de Lubac, Congar, que pretendieron una renovación de la teología tradicional, según los métodos de investigación del pensamiento moderno; Karl Rahner, impulsor, desde 1958, de la serie *Quaestiones disputatae* e inspirador de una crítica teológica postkantiana en algún sentido (las condiciones de posibilidad de la fe en el mundo moderno); Johann Baptist Metz iniciador de todas las teologías adjetivas, que arraigarían posteriormente en Latinoamérica; etc. La descripción es clara, si sólo pretendía referirse a los teólogos de punta, es decir, a aquellos que más eco alcanzaron en la opinión pública. Falta, sin embargo, una valoración de esos esfuerzos teológicos. Quizá no sea ésta una tarea reservada al historiador; pero pienso que a un cuarto de siglo de distancia contamos ya con suficientes elementos para aventurar un juicio histórico, aunque todavía sea provisional. Conocemos ya la posterior evolución de las teologías adjetivas, especialmente la teología política y la teología de la liberación; hemos visto los resultados del llamado tomismo transcendental y de la crítica kantiana aplicada a la Teología; adivinamos los frutos de la nueva hermenéutica bíblica; etc. Pienso que el historiador no es infiel a su misión cuando ofrece unas pinceladas valorativas que facilitan la comprensión de los fenómenos históricos analizados. Lo autoriza la *Wirkungsgeschichte*, que tanto desarrollo ha alcanzado en los últimos años.

Describe Aubert la renovación apostólica, a partir de la triste experiencia de los sacerdotes obreros. Relata también la toma de conciencia, por parte de los católicos, acerca de las necesidades económicas y espirituales del Tercer Mundo, lo que desencadenó un movimiento de solidaridad con los pueblos oprimidos y subdesarrollados. Habla de la irrupción de los *mass media* y de las discusiones sobre si la prensa católica, o si los católicos en la prensa. Recuerda las grandes misiones organizadas en los países de honda raigambre católica, convertidos en países de misión después de la Guerra Mundial. En el apartado dedicado a «los laicos en la Iglesia», se refiere a los movimientos apostólicos laicales desarrollados después de la conflagración mundial, especialmente a la expansión de la Acción Católica y las especializaciones de ésta. Comenta —con gran perspicacia— las dificultades de la Acción Católica como organización jerárquica del apostolado seglar, porque quizá no respetaba completamente las legítimas opciones temporales de los laicos. Y termina con una alusión a la «consagración bautismal» y al «sacerdocio espiritual» de los laicos —siguiendo el *Bloc-notes* de Congar—. Aubert apunta a la revalorización del «Pueblo de Dios» que habría de producirse en el Vaticano II, pero

no se refiere a la secularidad cristiana que ya se abría paso por aquellos años en la iglesia y que habría de ser asumida en las actas conciliares.

Yves Congar ofrece una panorámica del estado en que se encontraba la eclesiología en 1964. La eclesiología se hallaba dominada por una visión jurídicista, es decir, por la definición de la Iglesia como *societas perfecta sive societas inaequalis et hierarchica*. Tal doctrina, una y mil veces repetida en los manuales desde el Vaticano I, entró también en la primera sesión del Vaticano II, hasta la famosa protesta del Cardenal Montini, del día 5 de diciembre de 1962. El cambio eclesiológico, que había estado incubándose imperceptiblemente y que estalló en aquella célebre intervención montiniana, se había producido —en opinión de Congar— por un giro correlativo en el modo de contemplar el mundo. La popularización de los conceptos *Ecclesia ad intra versus Ecclesia ad extra*, que hicieron posible toda la teología del diálogo y arrancaban de la renovada teología de la comunión, son un claro testimonio del cambio. Toda la temática de «historia sagrada o de salvación» versus «historia profana», tan antigua como el *De civitate Dei* de San Agustín, renacía en la teología del siglo XX, pero con matices nuevos: «Église et monde restent distincts, mais l'unité de fin dernière fait qu'en un sens il y a une seule histoire».

Termina Congar su ponencia proponiendo un panorama de investigación, que nos parece sugestivo: intentar una síntesis entre *Gaudium et spes* (nn. 12-22 y nn. 4ss.), *Populorum progressio*, el Sínodo de los Obispos de 1971, Medellín, Puebla y las declaraciones de Juan Pablo II en México, África y Brasil... (Las palabras emocionadas del teólogo francés refiriéndose a la religiosidad popular y a la Iglesia del pueblo, con referencia a los teólogos de la liberación, nos parecen poco valientes en los juicios de valor y dominadas quizás por un sentimiento excesivamente romántico).

El estudio de Giuseppe Colombo, de corte más profesoral, es un excelente análisis de la génesis de la Encíclica *Ecclesiam suam*: contexto doctrinal en que se originó, lecturas que había llevado a cabo el Papa Pablo VI y que influyeron en la redacción de la Encíclica (para ello dispone de las notas marginales autógrafas), el sorprendente poco eco que la encíclica tuvo en el curso de las discusiones conciliares y en los años posteriores, etc. Sin embargo, la influencia de ese documento papal fue notable en la redacción del decreto sobre el ecumenismo y en la Constitución *Gaudium et spes*.

Es imposible entrar en el análisis de las discusiones. Fueron muchos los temas abordados. Pero es preciso destacar que todo historiador de la Iglesia del Vaticano II tendrá en estas páginas muchas noticias curiosas, datos desconocidos, insinuaciones interesantísimas. Por ejemplo, las intervenciones de Mons. Macchi, antiguo secretario del Papa Pablo VI, sobre la biblioteca particular del Romano Pontífice y sus libros de lectura preferida.

Este magnífico volumen de actas se abre con una carta de Juan Pablo II al Cardenal Ratzinger y con una presentación del dott. Giuseppe Camadini, Presidente del Istituto Paolo VI, que ha cuidado su edición.

JOSÉ I. SARANYANA